

Weismantel, Mary. *Playing With Things. Engaging the Moche Sex Pots*. Austin: University of Texas Press, 2021, 246 pp.

La sexualidad indígena andina en el pasado profundo ha sido, y es aún, un tema poco explorado por la academia —y, hasta podríamos decir que negado e ignorado—. Esto es paradójico, ya que la evidencia material y visual dejada por las sociedades andinas previas al contacto europeo es elocuente en representar un mundo altamente sexualizado: vasijas en formas de órganos sexuales, de cuerpos humanos en pleno coito, e, incluso, de cuerpos no-humanos en actos de (auto)estimulación. Muchas veces, los arqueólogos andinistas nos escudamos en la falta de textualidad para no intentar adentrarnos al mundo de las experiencias vividas del pasado. En *Playing With Things, Engaging the Moche Sex Pots*, Weismantel se atreve a dismantelar con audacia este mito y reposiciona las escenas de sexo producidas por los moches de la costa norte del Perú (200-850 d.C.) en su propia realidad histórica, cultural, y medio-ambiental. Es decir, en el árido desierto costero en donde el poder político y religioso se negoció a partir del acceso al agua, la obtención de fluidos vitales, y una relación profunda con los ancestros.

En este libro, Weismantel analiza críticamente un conjunto de *huacos sexuales*¹ moches provenientes de colecciones de varios museos, en particular de la ciudad de Chicago. Pero para hacerlo, la autora requiere deconstruir la base teórica de la ciencia modernista cartesiana, el binarismo de género, y androcentrismo clásico que aún obstaculiza un entendimiento crítico de la sexualidad y el sexo indígena andino. Utilizando una refinada lupa teórica decolonial, indigenista, y *cuir*, Weismantel ofrece un análisis profundo de cuerpos cerámicos moche

¹ He decidido usar este término para traducir la expresión «sex pots» utilizado por Weismantel en su libro. La manera clásica en la que nos referimos a estas vasijas en el Perú es «huacos eróticos»; sin embargo, este término contradice el punto esencial del libro, que es que estas vasijas no hacen referencia a un erotismo placentero moche ni a una pornografía intencional que buscó producir una excitación en sus observadores.

de diversas formas, tamaños y subestilos que presentan un común denominador: su contenido sexualmente explícito. La autora se arma, además, de una nueva metodología que solo puede ser elaborada por una arqueóloga-etnógrafa como ella. Esta metodología emerge de la teoría del performance y del juego que le permite, literalmente, jugar con las piezas y *comprometerse* con ellas y sus múltiples posibilidades, sus simbolismos, y la manera en la que estas nos condicionan.

En el capítulo 1 («Modern Moche»), Weismantel delinea la historiografía de los estudios sobre los *huacos sexuales* moches inaugurados por Rafael Larco y Alfred Kinsey en la década de los años cincuenta. Considerados inicialmente como obscenos y perturbadores, los *huacos sexuales* se mantuvieron marginales en los estudios del arte clásico moche —de la misma manera que las representaciones de cuerpos y órganos sexuales femeninos—. Weismantel discute, por ejemplo, que el *falo* (y no el pene) pudo haber sido considerado un símbolo de poder en el mundo moche, y como tal, fue reclamado tanto por cuerpos biológicamente masculinos como femeninos. Particularmente interesante en este capítulo, es la áspera crítica que Weismantel esboza en contra de Joan Gero, pionera de la arqueología feminista, sosteniendo que esta investigadora no solo hizo caso omiso al evidente placer femenino representado en algunos de los *huacos sexuales* (que muestran, por ejemplo, clítoris prominentes y sexualmente estimulados), sino que, además, reforzó un binarismo de género anticuado que influyó negativamente en el estudio de estos objetos.

En el capítulo 2 («Pots Play Jokes»), Weismantel analiza los *huacos sexuales* como objetos performativos, puesto que estos nos invitan al juego, a la experimentación sensorial, e, incluso a la risa y las bromas. Para Weismantel, los *huacos sexuales* son metáforas materiales que solo pueden ser entendidos en relación a un todo relacional con los cuales adquieren un verdadero sentido. La metamorfosis y transformación es un claro concepto inherente en el arte cerámico moche. Por ejemplo, muchos *huacos sexuales* representan cuerpos que se mimetizan con rasgos de múltiples especies: pájaros que se convierten en plantas, plantas que tienen extremidades humanas y órganos sexuales, o montañas con personalidades humanas. Estos cuerpos, además, contienen y permiten

(literal o metafóricamente) la circulación de líquidos. Presentan orificios y apéndices que, a su vez, representan órganos sexuales o partes de cuerpos (penes, vaginas, bocas y anos) que facilitan el movimiento y la extracción de líquidos de las mismas vasijas. Estas cerámicas, por tanto, no solo representan si no actúan para (y por) nosotros.

En el capítulo 3 («Pots Make Babies»), Weismantel elabora un convincente argumento sobre las percepciones indígenas de la reproducción, las cuales difieren del entendimiento científico occidental de la misma. Weismantel indica que, dado de que los *huacos sexuales* no parecen mostrar actos de penetración vaginal, estos han sido frecuentemente catalogados como *meras* escenas de sexo. Sin embargo, para ella esta suposición es errada. Para diversas comunidades indígenas amerindias, y quizás también para los moches, la reproducción sucede en múltiples tiempos, a través de diversos actos, por múltiples orificios, y con la intervención de variados agentes. Los *huacos sexuales* son, para Weismantel, representaciones idealizadas de una «reproducción distribuida», con actos repetitivos que van mas allá de la inseminación inicial que da «inicio» a la vida. Las representaciones de sexo anal y sexo oral en el arte cerámico moche podrían ser, por ejemplo, indicativos de las múltiples vías a través de las cuales se nutría a una vida en formación: un proceso de inyección constante de fluidos que garantiza el ciclo reproductivo de una manera integral. Incluso, la lactancia materna (a veces representada en asociación a actos de penetración anal entre protagonistas adultos de diferente sexo biológico) podría indicar una noción de tiempo intergeneracional en la que la inyección de fluidos en el cuerpo de una madre lactante era necesaria para garantizar un paso idóneo de flujos vitales a los recién nacidos.

En el capítulo 4 («Pots Give Power»), Weismantel se centra en la profunda relación de los moches con la muerte, sus muertos, y su constante veneración. Particularmente interesante es la noción de poder *gerontocrático* que introduce Weismantel para reexaminar el potente rol de los ancestros tanto en la reproducción de la realidad social moche como en la legitimidad de poder ejercido por determinados linajes de élite. Los rituales de libación que, por ejemplo, son celebrados en las tumbas de poderosos individuos, y usando vasijas cerámicas que luego

son introducidos en las mismas tumbas, refuerzan un circuito de flujo de poder y vitalidad entre cuerpos, materias, y planos de realidad. Aquí, la chicha añejada (como el cuerpo avejentado/putrefacto del ancestro) cumple un potente rol de socialización política e intergeneracional. Las representaciones de entidades esqueléticas con penes prominentes (que a su vez cumplen el rol de picos para beber) refuerzan la noción política de *brindar* con el muerto, siendo el falo del muerto una fuente de poder infinita. Para Weismantel no es, por tanto, un pene masculino prominente el que se representa, sino un falo de ancestro, el cual es un símbolo inherente de autoridad y poder; un poder que emerge de una masculinidad fálica que puede ser reclamado por poderosos individuos, sean masculinos o femeninos, solo luego de la muerte. Para la autora, todos los cuerpos asumen un rol, de tal manera que «los cuerpos infantiles son receptáculos, los cuerpos adultos son conductos, pero los cuerpos más poderosos son los cuerpos avejentados de los ancestros y deidades, puesto que son puntos de origen de los fluidos vitales que animan el mundo» (p. 133, mi propia traducción).

Finalmente, en el capítulo 5, («Pots Hold Water») Weismantel argumenta que los *huacos sexuales* moches son una expresión de una ontología circulatoria que anima la realidad. Para ella, además, las botellas con asa estribo son un potente elemento nemotécnico de la circulación, el movimiento, y el flujo de sustancias que es indispensable para mantener el orden y el equilibrio en el mundo moche. Contrariamente a la idea de que estas vasijas no fueron funcionales, Weismantel sugiere que llenarlas de agua era un requisito para animarlas, y que las escenas sexuales adquieren sentido bajo una lógica de movimiento de fluidos al interior de los cuerpos cerámicos que contienen a las escenas. En algunos casos, incluso, el agua que pudo haber discurrido desde el pico de las vasijas inyecta con líquido, y de manera directa, los cuerpos en pleno acto sexual, activando sus orificios y conductos. Pero el agua, tanto en el arte moche como en el mundo geográfico real andino, nace de las montañas, y deidades tales como Aiapaec parecen incluso personificarlas. Aiapaec está íntimamente asociado al control de la circulación y el movimiento del agua. Este, además, requiere de otros fluidos: chicha y sangre, para poder

garantizar un flujo perpetuo del agua. Es así que el agua, la chicha, y la sangre discurren por los paisajes, los campos agrícolas, y los cuerpos, definiendo los principios de una geografía sagrada que se manifiesta en los actos sexuales y el flujo de líquidos vitales entre todos los cuerpos, y no solo aquellos sujetos a la violencia y al sacrificio, comúnmente estudiados en la arqueología moche.

Aunque con una marcada carencia de un matiz cronológico y contextual (que sigue siendo fundamental para entender la trayectoria histórica de la religión e ideología moche), así como de una perspectiva tecnológica-productiva de las piezas, Weismantel ofrece una visión que revitaliza los estudios del género, sexo, y sexualidad tanto del mundo antiguo andino como moche. La autora integra, con profunda audacia, un necesario marco teórico indigenista y *cuir*, enriquecido con una aguda (auto)etnografía y experimentación lúdica de piezas de museos, ofreciendo así una mirada de los *huacos sexuales* moches que no podremos nunca más pasar por alto. Pese a que Weismantel reconoce que su voz blanca pertenece a una academia hegemónica americana que ahora miramos desde el Perú con cierto recelo, la autora nos ofrece una narrativa potente del pasado moche. Desde esta narrativa, no podemos entender más el poder fálico masculino moche sin considerar el deseo femenino y los clítoris estimulados representados en el arte. Así mismo, no podemos considerar los flujos vitales sin entender el rol del agua y la sangre en la ecogeografía desértica de la costa norte. Y, finalmente, no podemos entender el sexo sin entender las nociones alternativas indígenas de reproducción y corporalidad. Este es un libro que está dando, y seguirá dando, mucho de qué hablar. Y las reacciones tradicionalistas que se oyen ahora en el Perú sobre este estudio son una prueba de que necesitamos más libros como este, que permitan remover los cimientos prejuiciosos (y hasta racistas) con los que seguimos observando los cuerpos y la sexualidad indígena y mestiza andina, tanto del pasado como del presente.

LUIS A. MURO YNOÑÁN

The Field Museum of Natural History